

CAPÍTULO IV

LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII

§ I.—Fraternidad.—Solidaridad.

N.º 1.—El cristianismo.

La humanidad, la fraternidad, el cosmopolitismo son la religión del siglo XVIII. ¿Cuál es el origen de estas ideas? ¿Cuál su filiación? Á primera vista, parecen deberse al cristianismo, aun cuando sean la creencia de filósofos más ó menos hostiles á la religión cristiana. Tal es la opinión de dos escritores cuyos nombres resumen el último siglo, Voltaire y Rousseau. Voltaire cita con gusto el precepto de un obispo, inglés de nación, que, en 1757, se atrevió á decir que los Turcos son nuestros hermanos. Él mismo escribe un sermón (1) en el que predica la fraternidad universal (2); ¿y en qué autoridad se apoya el predicador filósofo? «Jesucristo, dice Voltaire, llama á sí á todas las naciones. No hay, pues, extranjero para un verdadero discípulo de Cristo. ¿Por qué encerrarnos en una pequeña sociedad aislada, cuando nuestra so-

(1) *Sermón predicado en Basilea el primer día del año de 1768, por un ministro evangélico.*

(2) «Vosotros todos los que me escucháis, acordaos de que sois hombres antes de ser ciudadanos de tal ó cual ciudad, miembros de una sociedad, que profesáis cierta religión. Ha llegado el tiempo de ensanchar la esfera de nuestras ideas y de ser ciudadanos del mundo.»

ciudad debe ser la del universo?... El hombre aislado es un salvaje, un sér informe que no ha recibido aún la perfección de la naturaleza. Una sociedad aislada, inhospitalaria, es entre las sociedades lo que el salvaje respecto á los demás hombres. Hijos que adoramos al Dios que ha creado á todos los mortales, ningún mortal debe ser extranjero entre nosotros.»

Rousseau influyó en contra del cosmopolitismo, á veces excesivo, de sus contemporáneos. No era de la opinión de los filósofos en punto á la vida salvaje, aislada, que consideraba como el estado de naturaleza y que se complacía en oponer á la sociedad facticia de su tiempo. Sin embargo, también él encuentra en la doctrina cristiana el origen de ese cosmopolitismo, pero con la diferencia de que, donde Voltaire aplaude, el ciudadano de Ginebra censura y reprueba. Censura al cristianismo porque inspira la humanidad más bien que el amor de la patria; dice que tiende á formar hombres más que ciudadanos (1). Rousseau tiene razón. La reli-

(1) ROUSSEAU, *Cartas escritas en la montaña.*

gión cristiana, religión del otro mundo, enseña á los fieles que su patria está en el cielo, que son extranjeros en esta tierra transitoria, al paso que la ciudad verdadera, la celeste, es Jerusalén. En este sentido puede decirse con verdad que el cristianismo destruye el sentimiento de la patria. ¿Debe deducirse de aquí que enseña el cosmopolitismo, tal como lo comprendía la filosofía del siglo XVIII? Voltaire y todos los filósofos de su tiempo eran ciudadanos de este mundo, y cuando predicaban la fraternidad, trataban de aplicarla á las relaciones reales de la vida: su cosmopolitismo era una doctrina de tolerancia, de humanidad y de paz. No era, pues, la doctrina cristiana. Sucede con la fraternidad lo mismo que con la igualdad. La igualdad de los cristianos no impide que San Pablo legitime la esclavitud; su fraternidad no impide que San Agustín exija la intolerancia en dogma y arroje las semillas de las más funestas guerras que han ensangrentado al mundo. Si, pues, la filosofía moderna ha inscrito en su bandera así la fraternidad como la igualdad, ha debido buscar en otra parte el sentido que da á estos símbolos. No hay de común entre los cristianos y los filósofos más que la palabra; las ideas son completamente diferentes.

Sabemos que los apologistas del cristianismo no desean otra cosa sino que se honre á la Iglesia con todas las creencias de la humanidad moderna. Hasta hay cristianos sinceros que se imaginan que la filosofía del siglo XVIII y la revolución no son más que una nueva manifestación del Evangelio, un cristianismo social. Tienen razón en el sentido de que las ideas rompen los estrechos límites en que quieren contenerlas las sectas. La igualdad y la fraternidad han empezado por ser dogmas profesados por una religión que desdeña el mundo real. Pero una vez dentro de la conciencia general, han cambiado de naturaleza y de tendencia. La humanidad, á despecho del espiritualismo evangélico, conoce que está destinada á realizar su misión en esta tierra, que su patria está aquí abajo, lo cual no excluye un destino futuro. Debe tratar, pues, de organizar la sociedad según los principios que forman la esencia de su fe. Hé aquí cómo la igualdad y la fraternidad religiosas se convierten en máximas políticas. Pero han sido necesarios, para operar esta transformación, sentimientos nuevos, extraños y aun hostiles al cristianismo.

Tenemos una prueba notable de este trabajo del espíritu humano en un escritor que no rechazarán los cristianos. ¿Hay alma más evangélica que Fenelón? Pues enseña un cosmopolitismo del cual no renegaría Voltaire. ¿Y de dónde lo toma? Creeríase que debe tomarle del Evangelio. El cristianismo desempeña ciertamente su papel en la doctrina del arzobispo de Cambray, pero solamente como punto de partida. Cuando se trata de formular sus principios, apela, no á la fraternidad cristiana, sino á los intereses del comercio y de la industria: creeríase oír á un partidario del libre cambio. Todos estamos unidos en Dios, fuente común é inagotable de las inteligencias. Esta relación esencial con el padre común establece una unión mutua entre las almas; miembros y partes de un gran Todo, su naturaleza las inclina y obliga á vivir en un comercio perpetuo de amistad y de caridad (1). Añádase á este vínculo de amor que Dios ha querido dar á los hombres una señal exterior, sensible de su unión, el parentesco de la sangre. Hubiera podido crear á los hombres independientes unos de otros; los ha hecho nacer á todos de un origen común, á fin de imprimir la unidad hasta en su cuerpo y en su sangre (2).

Esta es la parte que corresponde al cristianismo en la fraternidad. Fenelón era digno de celebrar el amor que une á las almas en el cielo; pero en esta tierra se necesita un vínculo más positivo. Fenelón le encuentra en las necesidades de los hombres. Dios hubiera podido crearlos suficientemente provistos de felicidad para vivir solos; pero esta perfección hubiese corrido el riesgo de venir á parar en el egoísmo; Dios nos ha creado, pues, débiles é impotentes, á fin de que la sociedad de nuestros semejantes fuese una necesidad para nosotros. La Providencia ha distribuido en los pueblos la misma debilidad; ha repartido las cosas que les son necesarias sobre toda la superficie de la tierra para que se viesen obligados á tener relaciones entre sí (3). Por otra parte, Dios ha creado la

(1) Tal es el sentimiento que inspira á FENELÓN en su descripción del Eliseo. «Cantan todos juntos las alabanzas de los dioses, y no forman todos juntos más que una sola voz, un solo pensamiento, un solo corazón: una misma felicidad forma como un flujo y reflujo en aquellas almas unidas.»

(2) *Telémaco*, lib. XIV.—*Ensayo sobre el gobierno civil*, c. III.

(3) «Por efecto de la Providencia divina, ninguna tierra produce todo lo que se necesita para la vida humana, á fin de que la necesidad excite á los hombres al comercio, para darse mutuamente lo que les falta; esta necesidad es el lazo natural de la sociedad entre las naciones.»

tierra y ha distribuido las diversas partes, de modo que resulten fáciles las comunicaciones entre los hombres: "Ese océano que pareció puesto en medio de las tierras para separarlas eternamente, es, al contrario, el punto de cita de todos los pueblos, que no podrían ir de un extremo á otro del mundo sin fatigas, tiempo y peligros increíbles. Por este camino sin huellas, á través de los abismos, el antiguo mundo da la mano al nuevo y *el nuevo da al antiguo tantas comodidades y riquezas*, (1). Para no poner dificultades á estas relaciones necesarias y naturales que Dios ha querido establecer entre los hombres, *Fenelón* pide la libertad de comercio más absoluta.

Estamos lejos del Evangelio y en plena economía política. Por poco que se reflexione sobre el espiritualismo evangélico, admira el atrevimiento de ese pensador cristiano. Por mejor decir, *Fenelón* no es ya cristiano, cuando celebra las comunicaciones marítimas que permiten á la América enviar á Europa *tantas comodidades y tantas riquezas*. Olvida las maldiciones de Jesucristo contra los ricos, olvida que el cristianismo es la religión de los pobres y que nuestros comerciantes no van á las Indias á buscar las especies para los pobres. No es ya el discípulo de Cristo el que habla, es el hombre de los tiempos modernos, el contemporáneo de Luis XIV. También el fastuoso rey se decía cristiano, pero el Hijo del hombre, que no tenía donde reclinar la cabeza, no lo hubiera reconocido por uno de los suyos, en medio del lujo de Versalles; y dudamos mucho que el predicador de la *buena nueva*, que aconsejaba á sus discípulos que vendiesen todo lo que tenían para distribuirlo entre los pobres, que les decía que tomasen su cruz si querían seguirle, dudamos mucho que aquel doctor de pobreza y de humildad hubiera reconocido por uno de los suyos al escritor que, al hablar de fraternidad, pensaba en las necesidades y en las comodidades de los hombres, y justificaba, por tanto, los esfuerzos que hacen para producir y repartir las riquezas. Pero si bien Cristo hubiese encontrado algunos reparos á esta fraternidad terrestre, en cambio la filosofía la aplaude y considera á *Fenelón* tanto más grande cuanto que se ha colocado por cima de la pequeñez del Evangelio, para abrir

(1) *De la existencia de Dios*, parte 1.ª, c. II.—*Del gobierno civil* c. II.

su alma á todas las aspiraciones legítimas de la humanidad.

N.º 2.—*La economía política.*

I

Fenelón es el vínculo entre los siglos XVII y XVIII, es cristiano y filósofo á la vez. En el siglo XVIII desaparece el elemento cristiano y domina el elemento humano. Una escuela de economistas tomó por su cuenta la causa de la fraternidad y del cosmopolitismo. Era éste un movimiento muy legítimo. Durante diez y siete siglos, el cristianismo había predicado en vano á los hombres que son hermanos; su parentesco religioso no les impedía vivir en un estado permanente de hostilidad y hasta erigir esta hostilidad en doctrina. *Montaigne*, al decir que el perjuicio del uno era el beneficio del otro, se hacía órgano de una opinión general. La oposición de intereses parecía mayor todavía de pueblo á pueblo: "Tal es la condición humana, dice *Voltaire*, que el desear la grandeza de su país es desear el mal de los vecinos. Es claro que un país no puede ganar sin que otro pierda." En el orden político esta verdad parecía tan evidente que pasaba como axioma; el sistema del equilibrio consideraba como naturalmente enemigos á los Estados que tenían intereses contrarios. ¡Sin embargo, estas naciones eran cristianas! No bastaba, pues, la religión para establecer la fraternidad entre los pueblos mientras los dividiere el interés. De aquí la necesidad de la escuela de los economistas, que hicieron lo que los predicadores no se atrevían á hacer, enseñar á los hombres que Dios, que los había creado hermanos, había cuidado también de que sus intereses fuesen solidarios.

Esta doctrina nueva se encuentra en *Poisguilbert*, que establece como principio que hay solidaridad necesaria de intereses, no solamente de hombre á hombre y de provincia á provincia en un mismo Estado, sino también de país á país (1). *Alberic de la Riviere* desarrolló magníficamente esta idea tan fecunda en consecuencias: "No hay en la sociedad clase alguna de hombres cuyo interés particular, bien entendido, no forme parte del interés general, ó más bien, cuyo interés particular, para

(1) *Colección de los economistas*, t. I, p. 261 y siguientes.

ser bien entendido, no deba estar perfectamente conforme con el interés común de las otras clases. Cuanto más se profundice esta reflexión, más claramente se ve que la naturaleza humana reduce á la unidad á todas las sociedades particulares; que en punto á intereses, los hombres están todos asociados por una necesidad natural é imperiosa de la que no pueden librarse; que es de esencia en este orden inmutable que todos sean útiles unos á otros, que los unos obtengan sus gozos por medio de los otros" (1).

La doctrina contraria da por resultado la guerra de todos contra todos de *Hobbes*. Aquel gran lógico se engañaba representando al hombre como si fuese por naturaleza un lobo para el hombre; hubiese debido decir que los hombres son naturalmente hermanos y amigos, y que no llegan á ser enemigos sino bajo la influencia de falsas máximas. La más falsa de todas es la oposición de intereses que crea la hostilidad entre las clases y entre las naciones. De aquí esas leyes prohibitivas contra las cuales lanzó una violenta filípica un economista del último siglo: "La teoría de las leyes prohibitivas está escrita en letras de sangre en la historia de todas las guerras que desde hace cuarenta siglos devoran la especie humana. El sistema colonial, la esclavitud, los odios de la avaricia, que se llaman odios nacionales, las guerras de la avaricia, que se llaman guerras de comercio, han hecho salir de esa caja de Pandora la inundación de errores y de los crímenes que han hecho de la sociedad humana un cuadro tan odioso, que no hay valor para detenerse en él por medio de tener que maldecir el desarrollo de la industria y los progresos mismos de la civilización" (2). Si las leyes prohibitivas, fundadas en la oposición natural de los intereses, engendran fatalmente la guerra, es evidente, que una doctrina que considera los intereses como solidarios debe dar por resultado la paz universal. Como dice el gran promovedor del libre cambio en el siglo XIX, la guerra llegará á ser un día tan imposible entre dos naciones como lo es hoy entre dos provincias de un mismo Estado (3).

No basta que la doctrina de los economistas dé por resultado la paz para elogiarla. Hay, por el

(1) *Colección de los economistas*, t. II, 2, p. 565.
(2) D'HAUTERIVE, *Elementos de economía política*, p. 199.
(3) *Discurso de COBDEN*, Octubre de 1842 (*Cobden y la Liga*, página 5).

contrario, en la tendencia á reducirlo todo á los intereses materiales un escollo y una poderosa objeción contra sus enseñanzas. La escuela de *Quesnay* no merece esta censura. Profesaba la identidad de lo justo y de lo útil, no en el sentido materialista de que basta que una cosa sea útil para que se la tenga por justa, sino en el sentido de que la Providencia ha querido que lo que es justo fuese también útil y que lo injusto fuese al mismo tiempo perjudicial. Los ataques al orden moral, decían los economistas, engendran por sí mismos su castigo, porque este orden no puede ser turbado sin que, de rechazo, haya perturbación en las leyes físicas á que están sometidos la conservación y el desarrollo de la especie humana. Así pues, cuando el interés aparece en oposición con la justicia, debe seguirse á la justicia sin vacilar, aun bajo el punto de vista del interés, porque debemos convencernos de que la injusticia no es solamente una violación del orden moral, sino también un mal cálculo. Bajo este punto de vista juzgaban los economistas la guerra y la conquista. Veían en ellas una aberración ó un crimen; comparaban á los conquistadores con los animales carnívoros y á sus hazañas con una enfermedad epidémica ó un diluvio. Si se les erigen estatuas, habrá de ser por los mismos motivos que los antiguos elevaban templos á la fiebre, al hambre y á la peste (1).

II

Había en el siglo pasado otra doctrina que se proponía también conservar la paz entre los pueblos, el sistema del equilibrio, que gozaba de gran boga en el mundo político. Los economistas la rechazan. *Mirabeau*, *El Amigo de los hombres*, dice que es una quimera que no tiene de real más que la máscara con que encubre la ambición. Lejos de evitar las guerras, parece más bien que las provoca, añade *Mercier de la Riviere*, porque todos los días se hacen la guerra los Estados para conservar el equilibrio entre sí. De modo que los pueblos se matan recíprocamente para sostener un sistema imaginado para impedirles que se maten. El equilibrio, se dice, asegura la independencia de los Estados; esto no impide, observa *Mirabeau*, que las grandes potencias se coman á las pequeñas. ¿Qué

(1) *Colección de los economistas*, t. II, 2, p. 880 y 818.

ha producido para los grandes Estados? Guerras continuas que los han despoblado y empobrecido á todos. Y es que el sistema está viciado en su esencia. Se propone la paz, es decir, la unión y la armonía, y se funda en la oposición de intereses. ¡Singular medio de unir á los pueblos, empezar por dividirlos y proclamar que esta división está en la naturaleza de las cosas! (1).

Al equilibrio oponen los *economistas* la fraternidad que conduce á la verdadera armonía. ¿Será una quimera la confederación de los hombres? *Mercier de la Rivière* dice muy bien que la sociedad de los hombres está tanto en el orden de la naturaleza, que existe virtualmente, sin convenio expreso, por la sola fuerza de las cosas. La teoría del equilibrio, ¿no implica que existe un vínculo natural entre las naciones? La idea misma del derecho de gentes, ¿no supone que todos los Estados forman una sociedad? No se trata, pues, sino de buscar el verdadero fundamento de esta gran sociedad, á fin de organizarla de modo que responda al fin de toda sociedad humana. Esta base sólida es la fraternidad. En efecto, la naturaleza establece de nación á nación los mismos deberes y los mismos derechos que de un hombre á otro hombre. Para probar que esta idea no es quimérica, *Mercier de la Rivière* invoca la autoridad de los príncipes; ¿no se dan el nombre de *hermanos*? Cojámoslos por la palabra. No son hermanos por la sangre, lo son como jefes de las naciones que representan. Después de todo, dice *El Amigo de los hombres*, esta es la voz de la naturaleza. ¿Se quiere una prueba de que las divisiones nacionales no son más que artificiales? Edúquense juntos cien niños de diferentes naciones de las cuatro partes del mundo, sin decirles que son recíprocamente extranjeros, y se verá cómo nacen entre ellos esos vínculos de intimidad que caracterizan la sociedad. Los hombres son, pues, todos hermanos por naturaleza (2).

Los *economistas* se ponen, al parecer, en oposición con un sentimiento sagrado, el amor á la patria. Pero si le atacan, es en sus excesos. "Una preocupación fatal, dice el abad *Baudeau*, pero

(1) MIRABEAU, *El Amigo de los hombres* t. III, p. 62 y 210-212.—MERCIER DE LA RIVIÈRE (*Colección de los economistas*, t. II, 2, páginas 527, 529).

(2) MERCIER DE LA RIVIÈRE, t. II, 2, p. 528-532.—MIRABEAU, tomo III, p. 16.

casi universal, ha hecho confundir las ideas de extranjero y de enemigo. Se ha considerado á las naciones como necesariamente constituidas en un estado de guerra recíproca. Se ha santificado, por decirlo así, esta desdichada preocupación, y se la ha convertido en una virtud bajo el nombre de patriotismo. Así definido, el amor de la patria no es más que el odio al extranjero, y merece ser condenado como producto de bárbaro egoísmo. *Mirabeau* hace ver muy bien que este egoísmo vicia todas las relaciones de los hombres. ¿Cómo puede esperar alguna fraternidad entre sus súbditos un gobierno cuya tendencia marcada es el interés exclusivo? El Estado será un extranjero y un enemigo para las provincias, cada provincia será hostil á las demás. ¿Qué quedará como único vínculo de los ciudadanos? El interés. La sociedad es semejante á esos animales carnívoros que se ayudan y se unen, en cierto modo, para la rapiña, y luego riñen al repartirse la presa (1).

En los tiempos modernos, el comercio y la industria son los que principalmente fomentan los odios nacionales. En vano la religión dice á los pueblos que son hermanos; cuando habla el interés no se escucha la voz de la religión. No había más que un medio de curar esta preocupación secular, y *Quesnay* le ha encontrado. Prueba que se engañan los que creen que su comercio no puede prosperar más que á costa del de las demás naciones, "porque un Dios justo y bueno ha querido que esto fuese imposible y que el comercio, de cualquiera manera que se realizase, no fuese nunca más que el fruto de una ventaja recíproca." Es preciso, pues, renunciar á la antigua política y seguir la ley de la naturaleza que nos predica la fraternidad y la armonía (2).

Los *economistas* tenían todo el ardor de una fe nueva. Se les dió el nombre de secta; eran mejor que una secta, porque no se dirigían á una sociedad particular, abarcaban la humanidad entera en sus especulaciones. Cuando sus doctrinas hayan penetrado en la conciencia general, el género humano no formará más que una sociedad en cuyo seno reinará la fraternidad y la paz. Oigamos á uno de los más nobles representantes de esta es-

(1) *Colección de los economistas*, t. II, 2, p. 808.—MIRABEAU, tomo III, p. 147.

(2) *Colección de los economistas*, t. II, y sig., p. 176.

cuela. *Dupont de Nemours* resume su ciencia en la teoría de los deberes; tenemos deberes para con Dios, con nuestros semejantes y con nosotros mismos. ¿Cuáles son nuestros deberes para con Dios? "La adoración al autor de la naturaleza y al gran orden con que incesantemente nos favorece por nuestras propias manos, la obediencia á este orden universal, sea cual fuere el impulso de nuestro interés momentáneo, siempre ciego y perverso, cuando contraria la ley del orden; en fin, la resignación absoluta á todo lo que esta ley disponga de nosotros y de nuestros intereses." Nuestros deberes respecto á nuestros semejantes consisten en mirar sus intereses como si fueran nuestros. Nuestras relaciones nos indican los grados de progresión de estos deberes. La exactitud en la observancia del orden de nuestras relaciones nos conducirá á la fraternidad universal. Nuestros deberes respecto de nosotros mismos se reducen á aumentar nuestros derechos, extendiendo nuestros deberes, cuyo cumplimiento será siempre beneficioso para todos, es decir que "HACER EL BIEN, ES RECIBIRLE" (1).

Hé aquí una de las fases del evangelio político del siglo XVIII. ¿Tendrán los que lo maldicen una doctrina superior que oponerla en la esfera económica? No les queda más que un recurso, decir que la fraternidad de los *economistas* es un plagio de la fraternidad cristiana. Si así fuera, ¿por qué ese odio hacia el siglo XVIII, puesto que la filosofía no ha hecho más que aplicar los dogmas del cristianismo á los intereses sociales? Pero ¿es cierto que la fraternidad de los *economistas* sea la fraternidad cristiana? Es un sentimiento más expansivo. Los filósofos hacen abstracción de las creencias religiosas, miran á todos los hombres como hermanos, sean cristianos, judíos, mahometanos ó budhistas. La fraternidad cristiana ha seguido siendo una vana palabra en manos de la Iglesia; no la ha impedido provocar las guerras más crueles y dividir á los hombres en sectas que se profesan un odio irreconciliable. Sucede con la fraternidad de los cristianos como con el patriotismo de la antigüedad; es caridad para los cristianos y hostilidad contra los no cristianos. Y aún para que los cristianos se traten como hermanos, es necesario que pertenezcan á la misma secta; entre las sectas cris-

(1) *Colección de los economistas*, t. II, 1, p. 384.

tianas, la pretendida fraternidad se convierte en una verdadera irrisión: el católico detesta al protestante, el luterano aborrece al calvinista, y todos se reunen para odiar á los socinianos y á los unitarios. Ha sido necesario, pues, que la fraternidad cambiase de bandera, que se despojase del carácter exclusivo que le da la religión, para convertirse en vínculo universal de la humanidad. Esto quiere decir que la fraternidad ha tenido que dejar de ser cristiana y pasar por las manos de la filosofía para inaugurar la era de la santa alianza de los pueblos.

N.º 3.—La filosofía.

I

Antes de finalizar el siglo XVIII, las ideas de los *economistas* se habían propagado por toda la Europa. En Francia, la filosofía y la literatura se apoderaron de las ideas de *Quesnay*, *Turgot* se llevó al gobierno. La doctrina, saliendo del círculo de la escuela, ganó en elevación. Oigamos á *Condorcet*, uno de los más grandes pensadores del siglo pasado, exponer las ideas nuevas en un recinto en que no penetran las innovaciones sino cuando han sido aceptadas por la opinión pública: si *Condorcet* desarrolló las ideas de fraternidad y de solidaridad en un *Discurso de recepción en la Academia francesa*, es señal de que habían llegado á ser moneda corriente. Escuchemos á este noble representante de la filosofía: "Es una falsa política, dice, aquella que funda la prosperidad de un pueblo en la desgracia de las naciones extranjeras... La felicidad de un pueblo, lejos de aumentar con la decadencia de sus vecinos, debe aumentar, por el contrario, con su prosperidad, puesto que de esta manera recibiría el ejemplo de las buenas leyes, de los nuevos procedimientos de la industria, todas las ventajas, en fin, que brotan de la comunicación de las luces... Las barreras que se levantan entre los hombres son perjudiciales, principalmente para quien las levanta; no sirven más que para fomentar los odios nacionales y corromper las costumbres... El verdadero interés de una nación no está nunca separado del interés general del género humano, porque la naturaleza no ha podido querer fundar la felicidad de un pueblo en la desgracia de los vecinos, ni oponer entre sí dos virtudes inspi-